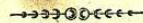


# HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.



## PARTE PRIMERA.

### LIBRO I.

## ESPAÑA PRIMITIVA.

### CAPITULO I.

#### PRIMEROS POBLADORES.

Situacion geográfica de España.—Producciones y riqueza de su suelo.  
—Razas primitivas que la poblaron.—Iberos.—Celtas.—Celtiberos.—  
Respectiva posicion de estas tribus.—Subdivisiones.—Su estado so-  
cial.—Sus costumbres.

Si alguna comarca ó porcion del globo parece hecha ó designada por el grande autor de la naturaleza para ser habitada por un pueblo reunido en cuerpo de nacion, esta comarca, este país es la España,

Separada del continente europeo por una inmensa y formidable cadena de montañas, circuida en las dos terceras partes de su perímetro por las aguas del



Occéano y del Mediterráneo, diríase que el Supremo Hacedor habia querido dibujar con su dedo omnipotente sus naturales límites, y que defendiéndola de Europa con el antemural de los montes Pirineos, del resto del mundo con los dos mares, se habia propuesto que pudiera ser la mansion ó morada de un pueblo aislado y uniforme, ni inquietador de los otros, ni por los otros inquietado.

¿Por qué série de causas, por qué conjunto de estraños acontecimientos, trasformaciones y vicisitudes, esta parte del globo de tan demarcados términos y lindes, presenta en su historia el cuadro confuso de tantos pueblos y naciones, de tan distintos idiomas, de tan diversa y várida fisonomía en sus costumbres? ¿Cómo tan invadida ha sido siempre, y mas que otra nacion alguna, por estrañas gentes? Esplica en gran parte lo primero su propia topografía: el curso de la historia demostrará lo segundo: ella irá descifrando este al parecer incomprendible fenómeno, este destino excepcional del pueblo español.

Las estensas cordilleras que la cruzan, corriendo en irregulares y tortuosas direcciones, y estendiéndose y desparramándose por todo el ámbito de la Península como las arterias de un gran cuerpo, formando profundas sinuosidades, estrechas gargantas y desfiladeros, risueños y fértiles valles, anchas y dilatadas planicies, sirven como de frontera á otras tantas comarcas independientes. Dejemos á los geógra-

fos la descripción de todas estas ramificaciones, que asemejándose en su marcha y vicisitudes á la vida del hombre, nacen, crecen, se ostentan á las veces robustas y soberbias; á las veces abatidas y flacas, yendo á morir en el profundo lecho de unos ú otros mares. Contentémonos con no olvidar esta constitucion física de España, porque ella será una de las claves para esplicar la diferencia de caractéres que se observa en el pueblo español, y la facilidad con que pudieron formarse dentro de su territorio distintos é independientes reinos.

Numerosas corrientes de agua se desprenden del seno de estas vastas montañas, formando las grandes vias fluviales que atraviesan y fertilizan nuestro suelo.

Asi mientras las altas sierras producen en abundancia maderas de construccion y canteras de jaspes, mármoles y alabastros, en los pingües pastos de sus valles y cañadas se apacientan ganados de todas especies, que dan al hombre sustento y vestido; las llanuras y riberas le suministran con prodigalidad todo género de cereales, variedad de esquisitos vinos y de sabrosas frutas, y los mares de sus costas le surten abundantemente de pescados. Las minas de ricos metales con tal profusion derramó la Providencia en este suelo, que tomaríamos por fábulas ó por brillantes hipérbolas las noticias que de ellas nos dejaron los antiguos geógrafos é historiadores, si de ser verdad y no fic-



cion no viéramos todavía en nuestros tiempos tantos y tan irrecusables testimonios. «En ningún país del mundo, decía ya Estrabon <sup>(1)</sup>, se ha encontrado el oro, la plata, el cobre y el hierro, ni en tanta abundancia ni de tan excelente calidad como en España.» Háblannos todos los autores de aquellos apartados tiempos de montañas de plata (*Argentarius mons*), de rios que arrastraban arenas de oro; y el mismo Estrabon llama repetidas veces al Tajo *Tagus aurifer*, *auratus Tagus*, *Tagus opulentissimus*.

No siendo de nuestro propósito enumerar todas las producciones de este suelo privilegiado, en que parece concentrarse todos los climas y todas las temperaturas, diremos solamente que sobre proveer con largueza á todas las necesidades de la vida, suministra además al hombre cuanto racionalmente pudiera apetecer para su comodidad y regalo. De modo, que si algún estado ó imperio pudiera subsistir con sus propios y naturales recursos convenientemente explotados, este estado ó imperio sería la España.

Por lo mismo no es maravilla que desde la mas remota antigüedad atrajera el concurso de estraños pueblos, y que cuantos de él iban teniendo noticia anheláran fijar su planta y asentarse en esta region tan singularmente favorecida.

¿Quiénes fueron los primeros que á ella arriba-

(1) Libro III, cap. I.

ron? ¿quiénes los primitivos pobladores de España?

Oscuro por demas y entre densas nieblas envuelto se presenta por lo comun el origen y primer período de la historia de casi todos los pueblos. Ocasionalo el temerario afan y pueril orgullo de querer remontar su antigüedad á la época mas apartada posible, comunmente á la de la trasmigracion de las gentes despues del diluvio, y á falta de otro origen que poder atribuirse suelen llamarse hijos de la tierra. Al empeño de realzar esto que algunos llaman glórias de antigüedad, ha sido muchas veces lastimosamente sacrificada la verdad histórica, supliendo la falta de datos con invenciones ingeniosas, con fabulosas tradiciones, ó con caprichosas y sutiles etimologías, especie de adivinacion fantástica, en que por palabras aisladas y sonidos semejantes se pretende deducir y legitimar las derivaciones que se buscan y están en la mente ó en el intento y conveniencia del escritor. Al propósito de dar á un pais ó á una poblacion la preeminencia de antigüedad se han tejido esas cronologías caprichosas de príncipes ó personajes que jamás existieron, y cuyos hechos sin embargo no falta quien refiera con tal puntualidad, como si hubiera conocido á los primeros y hubiese sido testigo presencial de los segundos. Ficciones halagüeñas, con que no ha debido ser difícil sorprender la credulidad pública en épocas poco alumbradas todavía, y que fácilmente trasmitidas de generacion en generacion han ido recibiendo una es-



pecle de sancion tradicional, hasta que la antorcha de la sana crítica las hace desaparecer.

Tal vez nuestra España ha sido una de las naciones que por mas tiempo han probado los efectos de este sistema que las luces y el buen sentido han condenado ya. No fueron solo los historiadores griegos y latinos los que desfiguraron nuestra historia con bellas ficciones mitológicas, porque así les convenia en su tiempo para mantener entretenidos los espíritus con las ideas de lo estraño y de lo maravilloso: nuestros historiadores mas antiguos, ó con buena fé adoptaron ciegamente lo que en aquellos hallaron escrito, ó con menos sinceridad ellos mismos inventaron crónicas que mas adelante se averiguó ser apócrifas y supuestas, en que ya se hacia á Noé venir á España y fundar en ella poblaciones, ya se traia á ella la mitad de los dioses del Olimpo, ya se daba el catálogo y cronología de mas de treinta reyes fabulosos que decian haberse sucedido en el gobierno de España, y cuyos hechos, guerras, leyes y vicisitudes minuciosamente se referian.

Aun despues de evidenciada la falsedad de las crónicas de Auberto, de Juliano, de Dextro, y del nuevo Beroso de Fr. Annio de Viterbo, sobre que fundó la suya el buen Florian de Ocampo, todavía el mismo padre Mariana, historiador por otra parte tan sensato, juicioso y erudito, no atreviéndose á desechár abiertamente aquellas fábulas, aunque parecia

reconocerlas ó sospecharlas de tales, dedicó no pocos capítulos de su historia á darnos razon de una série de imaginados reyes, entre los cuales cuenta como verdaderos los Geriones, Hispalo, Hespero, Atlas, Sículo, Gargoris, y Abides, y refiere las hazañas de Osíris, de Baco, de Hércules, de Ulises, de los Argonautas, y de otros héroes y divinidades; si bien aparece tal la vacilacion é incertidumbre que trabajaba su ánimo, que lo que en una página sienta formalmente como cosa *cierta y averiguada*, en otra afirma haberlo puesto siempre *en cuento de hablillas y consejas* (1): con lo que introduce en el espíritu del lector no poca perplejidad, confusion y embarazo.

Confesamos ingénuamente que despues de haber consultado, con el interés de quien busca de buena fé la verdad, cuantos autores antiguos hemos podido haber que supiésemos haber tratado las cosas de España, despues de haber evacuado muchas citas con gran escrupulosidad y consumo de tiempo, no nos ha sido posible encontrar segura brújula y norte cierto por donde guiarnos en las oscuras investigaciones acerca de los pobladores primitivos de nuestra nacion: an-

(1) «El primero que podemos contar entre los reyes de España... es Gerion.» Mariana, Lib. I. cap. VIII.—«Por cierta cosa se tiene haber Hispalo reinado en España despues de los Geriones.» Lib. I. cap. IX.—«Se puede recibir como cosa verdadera, que Sículo, hijo de Atlante, despues que su padre partió de España..... le sucedió en todos sus reinos.» Cap. IX.—«Todo esto y los nombres destos reyes, tales quales ellos se sean, ni se debian pasar en silencio.... ni tampoco era justo aprobar lo que siempre hemos puesto en cuento de hablillas y consejas.» Cap. XI.



tes bien hemos tenido momentos de turbarse nuestra imaginación cuando la hemos engolfado en este laberinto de dudas sin salida razonable, tropezando siempre, ó con relaciones que llevan marcado el sello de la fábula, ó por noticias que por confesión de los mismos autores se asientan en livianos y flacos fundamentos. Con la fé mas ardiente deseáramos que hubiese quien hallara datos mas sólidos, luces mas claras y salida mas segura de este intrincado dédalo.

Un pasaje del historiador de los judíos Josefo ha dado lugar á que algunos de nuestros historiadores hayan afirmado como cosa segura que Tubal, hijo de Japhet y nieto de Noé, fué el primer hombre que vino á España, «y la gobernó con imperio templado y justo.» Apoyados otros en un capítulo del Génesis, en que se nombra á Tharsis, hijo de Javan y nieto de Japhet, entre los que salieron á poblar las islas de las naciones despues de la confusión de las lenguas en la torre de Babel, le hacen el primer poblador de España y el que dió su nombre á la isla Tharseya, y de aquí el origen y principio de la nación española. Bien querríamos, pero no nos es posible tener por bastante sólidos los fundamentos de una y otra opinión para asentar ni la una ni la otra como ciertas (4).

(4) El pasaje de Josefo dice solamente: *Thobelus Thobelis sedem dedit qui nostra aetate Iberi vocantur*. Antiq. Judaic. lib. I. cap. VI.

En primer lugar el historiador judío escribió mas de dos mil años despues del suceso, en segundo lugar no espresa el fundamento de su asercion; en tercer lugar no

Viniendo á las razas de que mas averiguadamente consta que pobláran la España en los tiempos que se esconden á las investigaciones históricas, aparecen los primeros y mas antiguos los Iberos, procedentes, segun los datos mas probables, de las tribus indo-escitas, raza nómada, compuesta de pastores y guerreros, que de la India escítica vinieron derramándose por Europa hasta su estremidad occidental. El erudito Vaudoncourt, siguiendo las sábias investigaciones de Bayer, Schlözer y Adelung sobre el origen de los pueblos de Europa, hace á los iberos los *aborigenes* de España (1). Suponen muchos que la lengua que hablaban estos pueblos fuese la misma que hoy conservan y hablan todavía los vascos ó euskaros; y no es de estrañar que habiendo sido estos los que mas resistieron la dominación romana y donde se hizo menos sensible su influjo, pudiera conservarse en ellos el

asegura que Thobel ó Tubal viniera á España, sino que señaló su asiento á los thobelinos ó iberos; en cuarto lugar es de suponer que se referia á los iberos asiáticos, situados al pie del Cáucaso, no á los iberos españoles. Creemos pues que está muy lejos de ser fundamento bastante para sentar como cierta la venida de Tubal á España.

Respecto á Tharsis, hé aquí lo que dicen solamente los vers. 4 y 5 del cap. X. del Génesis: *Filii autem Javan; Elisa et Tharsis, Cethim et Dodanim. Ab his divisae sunt insulae gentium in regio-*

*nibus suis, unusquisque secundum linguam suam et familias suas in nationibus suis.*

No hay duda que podrian algunos descendientes de Japhet, de Tubal ó de Tharsis venir á poblar algunos puntos de nuestra Peninsula, pero ni prueban los textos que vinieran ellos mismos, ni pueden hacerse sobre ello sino conjeturas mas ó menos probables.

(1) Llámase *aborigenes* á los primeros moradores de un pais, ó sea *indigenas*, para distinguirlos de los *alienigenas*, ó que han inmigrado despues.



idioma que primitivamente hablaron los españoles. Afirman no obstante otros eruditos y respetables autores haber sido el primitivo idioma de la población ibera el hebreo-fenicio, ó un dialecto del hebreo, del cual pretenden demostrar haber quedado á la lengua española una tercera parte de sus voces <sup>(1)</sup>. Mucho deseáramos que acabára de resolverse esta cuestión entre los filólogos.

Incontestable parece también la existencia posterior de los celtas, que vinieron á disputar á los iberos la posesión de la Península. Mucho tiempo se ha cuestionado, y creemos que tampoco esta cuestión se ha resuelto todavía, sobre si existieron los Celtas en España antes que en la Galia y emigraron de aquí allá, como pretenden entre los nuestros Masdeu y Florez, fundados en un testimonio de Herodoto, ó si invadieron la Península por las gargantas de los Pirineos, viniendo de la Galia, como nos inclinamos á creer con Humboldt, por la marcha de Este á Oeste que llevaban todas las grandes emigraciones de los pueblos primitivos. De todos modos esta nueva raza, belicosa, bárbara, y semi-nómada también, se mezcló con los iberos, llegando á dividirse entre sí el país y á formar una nación bajo el nombre de celtiberos; bien fuese sin guerrear y por medio de pacíficas alianzas y matri-

(1) Cortés, Diccionario Geográfico-histórico de la España antigua. Tom. II., pág. 49.—García Blanco, Gramática hebrea, t. III., pág. 79 y sig.

monios, como indica Estrabon, bien después de largas luchas, como lo atestigua Diodoro de Sicilia, y era más natural que acaeciese entre gentes que habitaban de largo tiempo un país, y otras que le invadían para posesionarse de él de nuevo. En una de estas guerras debió ser cuando algunas tribus iberas arrojadas de sus territorios, emigraron á su vez y se deramaron por los pueblos de Italia con los nombres de ligurios y sicanios, llevando allí su idioma y sus costumbres.

Poblada la Península por estas dos grandes razas, al paso que se iban estendiendo fraccionábanse en tribus más ó menos numerosas, llegando á subdividirse en términos que cada comarca componía una pequeña nación ó tribu independiente, á que las ayudaba la material organización del territorio, desconociendo por otra parte en su estado incivil la utilidad y hasta el arte de hacer alianzas y de gobernarse con unidad.

De su distribución y de sus costumbres solo tenemos las noticias que nos han suministrado los escritores griegos y romanos, únicos pueblos civilizados cuyos escritos hayan llegado á nosotros. Pero conviene no olvidar que las relaciones de estos escritores se refiere á la España tal como la encontraron los romanos cuando la invadieron sus armas, y que entonces había sufrido ya la Península las dominaciones, aunque parciales, de tres pueblos cultos. Pero las revoluciones intestinas que entre sí habrían tenido las primitivas



razas no pudieron serles conocidas sino cuando más por imperfectas tradiciones. De suponer es no obstante, como en el principio de nuestro discurso dijimos, que al paso que fueran asentándose en las diversas comarcas y zonas irían contrayendo hábitos, ocupaciones, vínculos diferentes, y que los intereses de localidad y de tribu ocasionarían choques y guerras entre los moradores de los vecinos territorios: sucesos de la infancia de las sociedades, mas fáciles de adivinar que de encontrar quien los trasmite. Sin embargo, como los fenicios, los griegos y los cartagineses solo habían estado en inmediato contacto con los habitantes de las costas, de las riberas de los grandes rios y de las llanuras ó comarcas abiertas, las costumbres que nos describen de los moradores del interior y de las regiones montuosas, conócese que habían sufrido muy poca alteracion, pues presentan toda la rudeza y ferocidad propias de los pueblos nacientes.

La poblacion céltica, diseminada por toda la costa septentrional y occidental de la Península, dividíase en cinco grandes y poderosas tribus, los cántabros, los vascones, los astures, los galaicos y los lusitanos, que ocupaban los países que hoy poco mas ó menos comprenden las provincias Vascongadas y Navarra, las Asturias, Galicia y Lusitania ó Portugal, si bien no es tan exacta la correspondencia de los antiguos y de los modernos límites, que los astures y los galaicos, por ejemplo, no se extendiesen entonces

por una buena parte del reino de Leon y de Castilla la Vieja, los lusitanos por las Estremaduras y Castilla, los vascones por Aragon, y los cántabros por la actual provincia de Santander. Subdividíanse además estas tribus en multitud de pequeñas poblaciones ó grupos, tanto, que al decir de Estrabon, eran quince las que componian la nacion galaica, y sobre cincuenta las fracciones en que se compartian los lusitanos.

Ocupaba la raza ibera el Mediodía y el Oriente de España, dividida también en porcion de tribus, de las cuales eran las principales, los turdetanos, que se estendian por la costa de la Bética ó Andalucía hasta una parte de la Lusitania; los bástulos, que habitaban al Este del estrecho, en lo que hoy es Ronda y el condado de Niebla; los beturios, que poblaban las cercanías de Sierra Morena; los bastetanos, en la costa de Murcia hasta el Segura; los contestanos, desde Cartagena hasta el Júcar y parte de los reinos de Murcia y de Valencia; los edetanos, que ocupaban también parte de Valencia y de Aragon hasta confinar con la Celtiberia; los ilerconvones, que se asentaban entre el Oduba y el Ebro; y desde el Ebro hasta el mar y los Pirineos los cosetanos, ausetanos, indigetes, laceitanos, ceretanos é ilergetes: por último los gymnesios, ó habitantes de las Baleares; casi todos subdivididos también en pequeñas tribus como los celtas.

Habitaba el centro de la Península la raza mixta de los celtiberos: sus principales tribus, segun Es-